

## SENTIDO Y VALORACION DEL SIGNO DE LA LUZ

### EN LAS CELEBRACIONES LITURGICAS

Por el Pbro. Domingo Alberto Soria

#### EL SENTIDO DEL SIGNO EN LA LITURGIA DE LA IGLESIA

La liturgia de la Iglesia es sacramental, es decir actúa mediante signos o símbolos que nos remiten a realidades superiores. Nos podemos preguntar ¿qué es un signo?: Todo signo es un elemento sensible (agua, luz, aceite, pan, vino, incienso, vestiduras, posturas físicas, palabras, etc.) que posee un significado inteligible, es decir que "significa" algo. Eso que significa es lo que capta nuestra inteligencia. Tomemos un signo litúrgico cualquiera, por ejemplo, el agua. Yo la toco con mis manos, la veo, etc. La utiliza el sacerdote para bautizar, o para lavarse las manos antes de la Liturgia de la Eucaristía en la celebración de la Misa, o la utilizan los fieles para persignarse cuando entran en el templo y la encuentran en las pilas de agua bendita, etc. Pero el agua tiene en la liturgia un significado, un sentido de purificación. Es un signo sensible que remite a una realidad trascendente, la purificación interior, la remisión de los pecados. Yo no me quedo en la realidad del agua solamente sino que desde ella me remito a lo que ella significa. Entonces tenemos aquí hay un primer principio fundamental que debemos tener claro: El signo no actúa para sí mismo, para quedarse en el mismo signo, sino que es un elemento mediador entre el hombre y el misterio que quiere significar. De modo que los signos no tienen una función utilitaria o meramente estética, sino simbólica.

#### EL SIGNO DE LA LUZ EN LA LITURGIA

Dando entonces por sentado la necesidad de los signos en la liturgia vayamos más concretamente al signo de la luz. La luz procede del fuego. ¿Qué hace el fuego?: ilumina, da calor y purifica. Por eso, el fuego o luz es en primer lugar símbolo de Cristo. El mismo Cristo lo dijo: "Yo soy la Luz del mundo." (Jn 8, 12). La misma Escritura aplica a Dios el simbolismo de la luz: "Dios es Luz, en El no hay tiniebla alguna" (1Jn 1, 5); Dios "habita en una luz inaccesible" (1Tim 6, 16). Ya el anciano Simeón, en la Presentación de Jesús en el Templo, se había referido a Jesús como la "Luz para iluminar a las naciones" (Lc. 2, 32).

Al la vez la luz es un signo que se aplica a todo cristiano. El discípulo de Cristo no sólo debe dejarse iluminar por Cristo sino ser él mismo luz del mundo, iluminar el mundo con su vida. Ya lo decía el Señor: "Ustedes son la luz del mundo...brille así la luz que hay en ustedes delante de los hombres" (Mt 5, 14-16). "Los cristianos son hijos de la luz" (Ef 5, 8), por tanto "quien ama a su hermano permanece en la luz" (1Jn 2, 10). L

Esta misma significación es la que se aplica a la presencia de la luz en las celebraciones litúrgicas. La luz de las velas del altar evoca la

presencia del Señor Luz de las naciones. Ya En el antiguo pueblo de Israel se expresaba la fe en el Altísimo alimentando continuamente una llama de aceite en su presencia y, sobre todo, con el candelabro de siete brazos (Ex 25, 31 y 27, 20).

Cuando se celebra la Eucaristía se colocan en el altar o cerca suyo dos o más candelabros con velas encendidas. Se trata de una costumbre que se remonta al antiguo ceremonial ministerial romano: los acólitos acompañaban al Papa portando siete candelabros que se colocaban en torno al altar durante la liturgia. Ya en la Edad Media los candelabros se colocaron sobre el mismo altar. De acuerdo a las actuales prescripciones litúrgicas se pueden portar los candelabros durante la procesión de entrada y depositarlos sobre el altar durante la celebración (IGMR 84). También está prescrita la presencia de la luz junto al Sagrario, significando la presencia del Santísimo Sacramento (c. 940).

Es elocuente la significación simbólica en torno de la luz en la liturgia de la Vigilia Pascual. El pueblo, congregado en la oscuridad, contempla el nacimiento del fuego nuevo (esta noche todo es nuevo) y cómo de ese fuego se enciende el Cirio Pascual, símbolo de Cristo. Tras el Cirio marcha toda la comunidad ("El que me sigue no andará en tinieblas") cantando tres veces alegremente: "Luz de Cristo" o el antiquísimo himno de las primeras comunidades cristianas: "Oh Luz gozosa...". Y cómo a medida que la procesión avanza se van encendiendo más cirios de entre los fieles que quedan como contagiados de la Luz de Cristo personalizando el simbolismo, a la vez que el templo se va iluminando cada vez más hasta que el Cirio llega al altar. Luego viene el solemne anuncio del Pregón Pascual en el que se entonan las alabanzas de la Feliz Noche iluminada por la Luz de Cristo. Es impresionante la carga simbólica de esta celebración de la que va participando toda la comunidad. Bien realizada, es magnífica la eficacia de la sucesión de signos: la oscuridad de la noche, el fuego, el Cirio Pascual, la procesión, la progresiva comunicación de la luz a cada fiel, la iluminación del templo, el Pregón Pascual.

Recordemos también que en el Cirio Pascual está grabada la Cruz: es que efectivamente el Misterio Pascual es el paso de la muerte a la vida y aquí entra también la liturgia de la luz como paso de la oscuridad del sepulcro a la luz de la Gloria del Señor Resucitado. Por eso también aparece en la celebración de los responsos.

Por último, asimismo el Cirio Pascual tiene su lugar y aparece encendido en la celebración del sacramento del Bautismo. Al ser bautizados participamos de la Pascua del Señor, somos "sumergidos" (etimológicamente la palabra "bautismo" significa "inmersión") en el Misterio Pascual de Jesucristo, su Muerte y su Resurrección. Recordemos que los primeros cristianos llamaban también al Bautismo "Iluminación". Tengamos presente que dentro de la celebración bautismal hay un "Rito de la Luz" como signo del inicio de la vida cristiana del bautizando. Se entrega la vela encendida a los padres y padrinos con la misión de "acrecentar esta luz. Que sus hijos,

iluminados por Cristo, caminen siempre como hijos de la luz". El signo de la luz expresa el misterio que se realiza: la nueva vida que el Espíritu dio a Cristo en la Resurrección (Cirio Pascual) es comunicada a cada uno de los bautizados (la vela que la familia tiene en el Bautismo).

Es importante entonces no dejar de lado todos estos signos, primero, por obediencia a las disposiciones litúrgicas de la Iglesia que tienen su razón de ser y, segundo, por respetar las mismas tradiciones de los fieles que comprenden perfectamente el significado de los signos para llegar a Dios. Cuando alguien enciende una vela para rezar, no está practicando un rito mágico o supersticioso (eso lo tiene presente hasta el fiel menos instruido), sino que está expresando una actitud de adoración ante la presencia de Alguien sagrado, sea el Señor, la Santísima Virgen o algún Santo. Pretender quitar estos signos no sólo no es litúrgico sino que tampoco es humano puesto que el hombre necesita de signos sensibles para entrar en comunión con el Misterio. Los signos litúrgicos, sean cuales fueren, ante todo no tienen una expresión utilitaria (las velas las enciendo porque me sirven para alumbrar, p. ej.) o estética (las enciendo porque quedan lindas) sino sacramental (las enciendo porque Dios está presente). Si no tuviéramos necesidad de signos o bien seríamos ángeles o ya estaríamos en el cielo. Y ni somos ángeles ni tampoco estamos en el cielo.

**Pbro. Domingo Alberto Soria**

**Delegado Episcopal de Liturgia**

**Arquidiócesis de Mercedes - Luján**